



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.091

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptes.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses, 1.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 22 DE JUNIO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—corresponsales en París, A. Loreste, rue Caumartin, 61, y J. Jónes, Faubourg Montmartre, 31.

ALAMBIQUES

Aparatos para alcoholes de 39 á 40º Id. > aguardientes > 24 á 26º Id. > anisados. Alambiques aguardenteros con columna y boya de graduación, serpentín y depósito refrigerante. Id. completos con baños-maria, aros de bronce, serpentín y depósito. Fabricación esmerada y precios muy económicos. prensas, azufradores, y cuanto concierne á la elaboración de vinos. Camilo Pérez Lurbe.—Castellni 12.

El domingo dichoso.

Salió el matrimonio de su chirimbita con la ropita de fiesta, resuelto á disfrutar con toda el alma de su domingo. No tenían hijos; entre lo que á él le producía la sierra, como carpintero, y lo que ella ganaba como peinadora disponían de un duro para gastárselo en amor y corda en las Ventas, y así, no dejaban pasar un día de asueto sin echar su merendola en un ventorrillo, único esparcimiento de una vida sosegada y feliz, de mútua confianza sin zozobras ni tempestades.

Aquel domingo dejaron su casa, después de comer el cocido. Tenían un magnífico plan: ir á merendar al Puente de Vallecas. Tomaron, pues, por la calle de Embajadores abajo con el propósito de tirar luego por la Ronda. De pronto él se acordó de algo, paróse, metió la mano en el bolsillo del pecho de la cazadora y sacando un billete de la lotería, exclamó acercándose á la lista oficial expuesta en la puerta de una administración:

—¡Esperate! ¡Vamos á ver si me ha caído!

—¿Qué número es?—preguntó la mujer.

—El trece mil peiá.



—¡El premio gordo! ¡El premio gordo! La mujer lo vió la primera y roja de emoción, trémula de alegría, comenzó á palmotear mientras el marido murmuraba no menos conmovido: ¡Pues es verdad, chica! Jugaba un décimo—según su costumbre, en las extracciones de tres pesetas, correspondiéndole, pues, un puñado de miles de reales, una fortuna para gentes que no contaban con otro emolumento que su trabajo.

En el acto comenzaron á hacer proyectos y á formar planes para el porvenir y en el acto les nació á ambos la misma tristeza. Diez años llevaban de matrimonio suspirando los diez por un hijo, sin que Dios se hubiera servido concederles semejante felicidad. Ahora que de improviso se les entraba la fortuna por las puertas de la casa, que se veían ricos de pronto como hubieran gozado de tener un angelillo rubio sobre la cabeza del cual derivar todos los dones de la dicha!



Llegaban al final de la calle de Embajadores. Sin darse cuenta del por qué paráronse ambos y miraron hacia la izquierda. Diríase que guiaba sus ojos el mismo pensamiento. Frente á ellos se alzaba un vetusto caserón de tristes paredes y lisas y altas ventanas que transcendía á la logua á establecimiento de beneficencia. Era la Inclusa, un edificio hurafío con el corazón hermosísimo que le falta á muchas madres. En su fachada, con grandes letras letase una sencilla máxima del Evangelio y debajo se abría la boca del torno, junto al cual colgaba la cadena de la campanilla de aviso.

Durante el día esta campanilla y este torno permanecen tranquilos, dejándose acariciar por el sol, olvidándose de su misión triste pero piadosa. En cuanto llega la noche, sobre todo cuando la población se entrega al sueño, amparado en la sombra suele acercarse al edificio con paso cauteloso algún bulto que tira de la campanilla con rapidez, como si no quisiera escucharla y cuando el torno gira deposita en su interior un envoltorio diminuto. Es un niño, un ser desdichadísimo engendrado por casualidad, una infeliz criatura destinada á no sentir jamás en la frente los



labios maternales, á ignorar quién es su padre, á no saber nunca lo que es una caricia íntima, acaso aborrecido antes de nacer y temido desde que comenzó á latir. La campanilla y el torno están acostumbrados ya al horrible destino; en cuanto ella suena ó gira mansamente dispuesto á recibir el triste hijo del misterio. Hay en ello algo de dulce compasión reglamentada por el hábito.

Marido y mujer sabían por de claración médica que ella no lograría nunca la maternidad. Mil veces habían hablado de lo mismo. Eran solos, no tenían pariente alguno. Aquel torno y aquella campanilla trajéronles á la memoria el tema tantas veces discutido. La riqueza inspirada prestaba á la

idea dormida, no muerta, un interés nuevo, más avasallador y creciente. La mujer, dotada siempre de mayor resolución que el hombre, inició la cosa.

—Sabes lo que estoy pensando?—exclamó.

—Tú dirás—repuso el marido.

—Pues que ya que no tendremos apuros, podíamos por fin llevar á cabo lo que pensábamos. Mira, delante de la Inclusa estamos. Ahora es ocasión. ¿Qué decides?

—Que entremos de una vez.

No vacilaron más; penetraron en la santa casa, preguntando por la superiora, y aquel día el torno y la campanilla tuvieron un instante de felicidad suprema. El primer niño que cerrada la noche se depositó en el torno al son de la campanilla



no se quedó en el establecimiento, no ocupó una cuna numerada, no llevó por apellido el del santo del día, sino que fue adoptado solemnemente por el artesano matrimonio, adquiriendo así el amor paternal que la suerte le negaba y los puros besos que le correspondían. Y he aquí de qué honrada manera celebraron su premio grande el buen carpintero y la honradísima peinadora su mujer.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

Mil diez armas blancas y de fuego ha arrojado al mar la policía de Málaga.

¡Vaya un negocio para la Hacienda si se han cobrado las multas correspondientes!

¡Y vaya un negocio para los fabricantes!

Por que esto de la recogida de armas es como la tela de Penélope.

Se quitan unas y se compran otras. Y siga el negocio.

«El Figaro» de París ha desenterrado una profecía de un fraile.

Por ella se anuncia que el año venidero desaparecerán París y otras poblaciones importantes, consumidas por las llamas.

La profecía es del año 1545.

Y si no se cumple no se ruborizará su autor.

«El Noticiero» vuelve á emprenderla con los puestos de la Puerta de Murcia. Ya tiene el colega para rato.

Hay resistencias pasivas que dan al traste con la voluntad más firme.

Ya se irá enterando «El Noticiero».

Un periódico francés cree que la guerra de Cuba terminará pronto si España hace un esfuerzo.

¿Pues no se entera el colega que ha hecho más de dos? Y hará cuantos hagan falta. Consto.

En la isla Formosa reina la más encantadora anarquía.

Allí no hay extranjero seguro, ni japonés que pueda llamarse dueño de más tierra que la que pisa con el pié.

¡Cómo gozarán los chinos!

¡Y qué caros van á pagar los japoneses sus deseos de conquista!

Por si habían de hacerse tales fiestas ó cuales otras para recibir al obispo, han venido á las manos los habitantes de Selva del Campo, pueblo de la provincia de Tarragona.

La paliza que se han dado ha sido tan soberana, que han resultado dos heridos graves ó infinidad de contusos.

Si por cosa de tan poco monta hacen eso en Selva ¿qué reservan aquellos vecinos para cuando vengan las elecciones?

NOTAS

EL BANQUETE DE AYER.

Aun quedap en nuestros oídos los ecos de los brindis pronunciados ayer en el Hôtel Ramós, al terminar el banquete con que los arquitectos señores D. Pedro García Faria y D. Francisco de Paula Oliver celebraron la obtención del premio ofrecido por el Ayuntamiento al autor del mejor proyecto de alcantarillado; aun sentimos en el corazón el soplo halagador de la esperanza, levantado á impulsos de ofertas generosas y de proyectos patrióticos, ofertas y proyectos que en la práctica han de traer sobre Cartagena días de ventura, tiempos de redención.

En la práctica ¿Será posible que al fin nazca Cartagena á la vida de la salud? ¿Se levantará de su lecho de fango y se verá libre de las legiones de microbios que por todas partes la acechan para destruirla? ¿Podremos gozar en nuestra vida un día de tranquilidad viendo á nuestros hijos redimidos de las enfermedades traidoras que pretenden arrancarnos? Querer es poder; y como no lemos de querer redimir á esos pedazos de nuestro corazón? Unámonos en un esfuerzo común y ofrezcámoslo al hombre generoso que pone sus talentos y su esfuerzo personal al servicio de Cartagena y esta quedará redimida en tiempo breve. Querer es poder; y puesto que Cartagena toda quiere sustraerse á los males que la asigien es que pue de sustraerse.

LOS INVITADOS

Asistieron al banquete, aparte los anfitriones, el alcalde propietario señor Monmeneu, el alcalde accidental señor Lizana, el presidente de la Cámara de Comercio señor Angosto, el presidente del Círculo Mercantil señor Cones. Buzanza, el director de los servicios municipales de Higiene y Salubridad señor Cándido, los arquitectos señores Rico y Egea, el ingeniero industrial señor García Parreño, los concejales señores Jorquera, Alesson, Diaz Benzaí y Tomas, el director de las obras del puerto señor Martínez, el médico señor Codina, los señores Rolandi y Spottorno, el director de «El Mediterráneo» señor García, el de «El Noticiero» señor Medina y en representación de EL ECO DE CARTAGENA el redactor del mismo señor Barba. A última hora estuvo representado nuestro colega «Las Noticias».

Además asistieron otros señores [cuyos nombres no recordamos.

EL MENÚ

Comenzó á servirse á las dos y media y basta decir que fué confeccionado

por el Hôtel Ramos para considerarnos relevados de hacer su elogio.

Hélo aquí:
Œufs Bronillos aux truffes.
Poulets á la Godard.
Poisson-Bayonesa.
Artichauts á la Richelieu.
Pate Foigras.
Chateaubriand á la Périgot.
Pom-Puding Anglais.
Glacé de Vanilla.
VINOS: Rioja, teint et Blanc, Champagne.

LOS BRINDIS

Los inició el señor García Faria para dar las gracias á los que habían contestado á su invitación asistiendo al banquete.

Con palabras sentidas, en las que palpitan sus entusiasmos por la higiene pública, de la cual ha hecho una religión á la que rinde culto fervoroso, felicitó á Cartagena en la persona de su alcalde, por haber entrado decidida en el campo de la higienización que la ha de llevar á puerto de prosperidad. Barajando datos estadísticos dijo lo que ya sabemos, lo que es un horror: que Cartagena es la población mas insana entre las civilizadas, puesto que en algunas épocas ha llegado la mortalidad en ella á sesenta por mil.

Sentido fué también el brindis del alcalde propietario señor Monmeneu, como igualmente el del alcalde accidental señor Lizana. El primero llevó al presupuesto la cantidad que aseguraba el concurso; el segundo presidió la sesión en que aquel fué adjudicado. De un modo ó de otro los nombres de los señores Monmeneu y Lizana van ligados á esta grande obra, que tiene por fin la salud de Cartagena.

Inspirados en ideas de felicidad para nuestro pueblo; ofreciendo su concurso para la grande obra; felicitando á los anfitriones y á Cartagena, brindaron también los señores Jorquera, Tomás, el señor Cándido que hizo un bonito discurso, el señor García Parreño para recordar que fué el señor Rolandi el que llevó al ayuntamiento la idea del concurso; el señor Rolandi Bienert para dar las gracias por el recuerdo, el señor Rico, señor Martínez y el señor Codina.

En representación de la prensa brindaron los Sras. Medina y Barba.

El señor Oliver brindó el último para dar las gracias á los conmensales.

La fiesta terminó á las seis.

IMPRESIONES

Son excelentes las que nos dejó la fiesta de ayer. Jamás hemos asistido á una fiesta semejante, en que hayamos visto tanto entusiasmo ni recogido tantas esperanzas. Había ayer tal afán de hacer protestas por el bien de Cartagena, que no faltó quiénes hablaran en nombre de colectividades políticas, anunciando que para llegar al saneamiento de la ciudad, serían antes cartageneras que políticas.

Así debe ser: las fiebras no distinguen entre republicanos y monárquicos, entre liberales y conservadores; con la bandera desplegada,—bandera negra, símbolo de la muerte,—avanzan sembrando la desolación lo mismo en el hogar del que siente la nostalgia del absolutismo, que en la morada del que rinde culto á la democracia, igual en el domicilio del humilde jornalero que en el palacio del encopetado señor. Ante ellas todos nos sobracogemos, por que á todos por igual nos amenazan de manera insidiosa.

Y hemos de defendernos todos; hemos de fortificarnos contra la plaga de enfermedades que nos dizma; hemos de luchar por nuestra vida y por la vida de nuestros hijos; hemos de librar fiero combate para salvar de prematuro fin á ese ejército numeroso de pequeños